

EL SORDO QUE INVENTABA LOS SONIDOS

A sus oídos venían los sonidos de la ciudad. Desde que se levantaba hasta que se acostaba, una marea de sonidos en olas de palabras se aproximaban a su mente. Su sordera era la sordera de un artista. Las palabras llegaban a él y éste las transformaba según sus motivaciones. Oía no la realidad objetiva de la vida, sino el universo subjetivo de su mundo interior. El sordo que inventaba los sonidos había descubierto las notas musicales que animaban su espíritu a través de la comparación del mundo exterior con él: lo que realmente se decía, con su mundo interior: lo que él oía. El sordo también se había dado cuenta que, en mayor o menor medida, estaba rodeado de otros sordos. El mundo estaba lleno de sordos, que era lo mismo que decir, lleno de hombres. A veces a dos sordos o a varios sordos les daba por hablar entre sí. Era cuando se entablaba un diálogo de sordos. Cada uno oía en el otro su mundo interior. Pero el sordo no inventaba sobre el vacío, por lo que también siempre medio oía algo exterior a él, algo fuera de su mundo. El sordo inventaba sobre el mundo y sobre el mundo de los otros sordos. El sordo que inventaba los sonidos era un creador de mundos. El escritor era un sordo, un transformador de palabras que venían como las olas del mar de la existencia.